

*Conferencia magistral en el marco de la celebración del
25 aniversario de la Facultad de Antropología Histórica*

La antropóloga inocente, veinte años de exploración en el siglo XXI
Érika B. Carrillo

Cuando decidí estudiar antropología, en el año 2001, pensé que había llegado tarde a la carrera. Ya se había estudiado todo, pensaba. Todos los grupos indígenas, todos los grupos sociales y, si acaso quedaba algo interesante, ninguna etnografía mía iba a competir con lo que estaban haciendo National Geographic o Discovery Channel.

Pero tampoco era que me interesaran mucho las etnografías. Yo había llegado a la antropología por el periodismo, y llegué al periodismo porque me parecía la actividad más honorable para ser escritora.

En la presentación de las carreras descubrí Antropología Histórica, que se anunciaba como la novedad de la facultad, con un discurso más crítico y más contemporáneo y de inmediato me enganché. Yo quería ser periodista y buscaba aprender herramientas para hacer investigación social. ¿Por qué no? Además el plan de estudios tenía materias como identidades, mitos y ritos, vida cotidiana y me pareció hasta encantador poder dedicar cuatro años a estudiar esos temas.

Cuando le dije a mi papá que abandonaba la carrera de comunicación, en la que ya llevaba un año, y me convertiría en antropóloga histórica, solo dijo: no sé de qué vas a vivir, pero espero que seas muy feliz.

Y la verdad es que esos años de universitaria no me daban horizonte para saber de qué iba a vivir, pero empezaron a hacer algo mejor: me enseñaron a cuestionarlo todo, a comprender que era posible tener opiniones propias, que el juicio también se ponía en tela de juicio, y que era posible teorizar sobre la realidad, sobre el pasado, y sobre mi propia vida.

Aquí leí a Nietzsche por primera vez, a Robert Redfield, Walter Benjamin, a Bartres, a Foucault, —y mientras escribo esto caigo en cuenta de que no recuerdo a ninguna mujer— y a un montón de autores a los que nunca hubiera llegado por cuenta propia, si consideramos que venía de una estricta formación católica guanajuatense.

Aprendí que “pensar” era la gran herramienta que la carrera me daba, que era divertido, que era necesario, y esos cuatro años me afilaron la mente para convertirme, más allá de periodismo y las letras, en una cuestionadora de tiempo completo. Una antropóloga histórica de tiempo completo.

Para fortuna de todos, llegó el internet y, cuando me titulé, el mundo comenzó su gran transformación: recuerdo el anuncio de la Enciclopedia Británica, cuando dejó de imprimirse, después de 245 años y comenzó a ser digital. Recuerdo que dejé de ir a leer los diarios el domingo en el Café de la Parroquia y comencé a hacerlo en mi computadora. Pero también recuerdo que el Messenger y el ICQ, me empezaron a mostrar una sociedad nueva; amigos anónimos que chateaban conmigo desde diferentes partes del mundo en tiempo real, y que se presentaban de forma diferente detrás de la máscara de la pantalla. ¿Por qué en línea actuábamos tan diferente?

El mundo se volvió emocionante. Y de pronto, ser antropóloga me pareció la profesión más atinada para este siglo.

Mi primer trabajo como investigadora social fue en el Programa Vasconcelos, que creó Víctor Arredondo en la Secretaría de Educación de Veracruz y que sigue, soplendemente, hasta hoy. En 2005 era una especie de caravana de autobuses, equipados como aulas móviles con laptops e internet satelital. El proyecto consistía en viajar dos semanas a las comunidades rurales del estado y capacitar a los maestros de educación básica, que acababan de recibir el programa Enciclopedia. Toda una aventura de campo. Dormíamos en *sleeping bags* en las bibliotecas de las escuelas, y cuando teníamos suerte, en la casa de alguna maestra que nos cedía una cama. Dábamos talleres a los maestros y a los alumnos y los fines de semana leíamos cuentos y hacíamos juegos. Me enamoré de las escuelas con ese programa.

Varias veces me bañé en un río, porque no había agua, y comíamos “gallinas libres” de traspatio, porque era lo único que había. Por supuesto, romantizaba esas experiencias, hasta que la realidad de la pobreza y la desigualdad se me metió en los huesos y no pude pensar en nada más que hacer algo al respecto.

Brinqué de las comunidades rurales a coordinar programas estatales con organizaciones de la sociedad civil y luego a diseñar grandes programas federales con presupuestos millonarios. La gran apuesta era que esos programas llegarían a educar a

gran escala y mis recomendaciones como antropóloga de a pie podrían contribuir, al fin, en las políticas públicas.

Viví el sueño casi una década: capacitamos a miles de maestros por todo el país; organizamos congresos en México y Estados Unidos y tuve la fortuna de colaborar en todos los proyectos de tecnología que desarrolló el gobierno de México en esos diez años, de la mano de empresas como Google Education y de instituciones como el Banco interamericano de desarrollo.

Pero llegó un punto en el que me topé con un callejón sin salida. Mientras más lejos de las escuelas estábamos, menos impacto tenían los programas. Y a nadie le importaba. Los microcosmos de este país son tan heterogéneos que no era posible entonces, ni es posible ahora, crear programas en masa. Podría contarles un montón de anécdotas. Como cuando la SEP notó en la prueba de Pisa que Oaxaca tenía el nivel más bajo en matemáticas.

Hicieron un programa de reforzamiento para los docentes de matemáticas, pero lo que realmente pasó, fue que había una ola de chicos migrantes que hablaban inglés y zapoteco. No era un problema de matemáticas, era un problema del idioma. Y esas cosas, que son las cosas que ve un antropólogo, en ese momento, a nadie le importaban. Cuando el problema se evidenció, a nadie le importó. Y el siguiente año cuando la prueba de pisa tuvo los mismos resultados, a nadie le importó.

Me preguntaba: ¿qué pasaría si más antropólogos estuvieramos dentro del sistema de educación básica de este país?

Uno de los proyectos educativos que dirigí con una ONG, ganó una mención como “mejor práctica educativa de latinoamérica” por la OCDE en 2009. ¿Qué significó eso? Todavía no lo sé.

En 2011 renuncié al último trabajo de oficina que tuve —y espero tener— en mi vida. Me gasté todo el dinero que había ganado viajando. Y entré en crisis, por supuesto. Tenía treinta años, estaba rota, y mi incertidumbre era la más grande que había sentido jamás.

—

Los mayas predijeron que, a partir del año 2012, viviríamos en el No tiempo, una temporada de transición, como el hueco de la rebanada de un pastel que divide una rebanada de la otra, y que ese No tiempo serviría para dejar el individualismo y comenzar a vivir la era de “la mente colectiva”.

Comencé a observar. Todo hacía sentido. La sociedad estaba cambiando, yo estaba cambiando. Y me dí cuenta de que en ese “no lugar” cronológico, no había nada que hacer, más bien lo que tocaba era pensar, observar cómo cambiaba y qué cambiaba.

Pensamos que porque hay McDonalds en todo el mundo, y todos tenemos redes sociales, la sociedad se ha vuelto más homogénea, “ya hay lo mismo en todos lados” pero es justo lo contrario. Estamos en un momento en el que el mundo se ha vuelto heterogéneo, y no porque no lo fuera antes, sino porque ahora es evidente: las creencias hegemónicas, las religiones, las ideologías están fragmentadas, en una sola familia podemos tener una abuela conservadora que insiste que hay que casarse como Dios manda, una madre divorciada, jefa de familia; un exmarido poliamoroso que se hace cargo de los hijos; y una hija trans que ama el k-pop y pasa las tardes en Chatgpt escribiendo cuentos de terror. Y todos ellos, en la misma familia —con las limitaciones que cada uno tenga en su propia mente— tienen la libertad de expresarse como quieren.

Las ataduras que nos mantenían calladitos y bonitos, se aflojaron y dejaron nuevos **nuevos espacios para abrir nuevas conversaciones.**

El problema es que esta fragmentación también nos ha llevado a una **desconexión**. Según datos de 2023, los mexicanos pasamos hasta siete horas diarias frente a las pantallas¹. Consumimos textos, audios, videos, reels, música, documentos. **Estamos sobresaturados de contenidos multimedia y nuestro cerebro no tiene la capacidad de procesar tanta información**. Ni siquiera hay tiempo para hacerlo. Y cuando no logramos transformar esos datos en algo útil, el cerebro los desecha: se vuelven basura.

Comencé a estudiar neurociencia: cómo procesa la información nuestro cerebro, qué necesitamos para aprender un concepto, cómo funciona la memoria. Y descubrí que la mejor manera de conectar con el mundo y con los demás era a través de contar historias. Una herramienta básica, ancestral, milenaria y gratuita.

Los seres humanos somos los únicos en este planeta que necesitamos explicar nuestra existencia, y lo hacemos a través de las historias. Ahí entendí que la narrativa no solo sirve para explicar el pasado, sino también para generar vínculos en el presente.

¹ INEGI, 2023. El dato es en zonas urbanas.

Así fue como empecé a diseñar talleres de escrituras autobiográficas, usando los libros como detonadores de nuestras propias narrativas. Después hice un taller de imaginación, donde hablábamos de Julio Verne y veíamos videos de astronautas que nos disparaban, literalmente a otros mundos. Poco a poco comencé a trabajar más con ferias del libro y festivales culturales, que con instituciones educativas. Y un par de años después le di forma a ese proyecto como un taller editorial donde ofrecía herramientas para que otros se acercaran a contar sus propias historias.

Me creé un autoempleo.

Durante la pandemia, muchas escuelas recordaron que alguna vez les había hablado de clases virtuales, de educación a distancia con herramientas tecnológicas, y comenzaron a buscarme. Di un montón de talleres en línea, pero ahora con visión distinta: quería ayudar a los maestros a conectar con sus alumnos. Ya no desde los planes de estudio, imposibles de seguir en ese contexto, sino desde un lugar más humano. Cada docente, desde su propia realidad y la de sus alumnos, tenía que diseñar estrategias autónomas para que los chicos —más allá de no perder el curso— no perdieran el lazo ni la seguridad que significaba sentir que sus maestros estaban “cerca”.

Y ahí confirmé que las historias no solo nos ayudan a aprender, sino que nos hacen sentir pertenencia y nos sostienen. Son el hilo invisible que, incluso en medio del aislamiento, nos mantiene unidos.

Quiero compartir tres reflexiones con ustedes que me han guiado y activado como investigadora social para ejercer mi carrera durante estos años.

1. Estudiar lo que nos une en lugar de las diferencias

En esta exploración del fragmentado y sobresaturado siglo XXI, me parece que es el momento de **estudiar lo que nos une en lugar de insistir únicamente en lo que nos hace diferentes**. Repensar las diferencias no es dejarlas de lado, sino comprender cómo se transforman, cómo emergen nuevas formas de vida que antes no tenían nombre ni espacio.

Un ejemplo: el mundo ha dejado de ser binario, hombre-mujer, femenino-masculino. Y, sin embargo, los roles de género siguen influyendo. Muchas mujeres todavía eligen ser enfermeras antes que doctoras, decoradoras de interiores antes que arquitectas. La

paradoja es clara: hablamos de libertad, pero las elecciones siguen condicionadas por expectativas heredadas. El hombre diagnostica, la mujer cuida. El hombre construye, la mujer decora. **Y ahí, precisamente, es donde debemos poner el reflector: en la posibilidad de elegir de verdad, en la libertad real de ser.**

Nuevos fenómenos sociales también nos exigen atención. ¿Han escuchado de las abuelas japonesas que se rentan con jóvenes para darles consejos de vida? ¿O de las tardeadas con DJs de ochenta años? Estos ejemplos, que parecen anecdoticos, son señales de un cambio cultural profundo en la forma de envejecer y participar en la sociedad. Mucho se habla del feminismo, pero ¿y las masculinidades? Mi hermano, por ejemplo, tenía miedo de salir con nuevas chicas: “iya no sé si debo o no abrirles la puerta!”, ahora los hombres sí lloran, sí se involucran en las familias, pero todavía ese papel no está claro, se está construyendo, y hay que poner el reflector ahí. Pensemos en las estadísticas: más del 60% de las mujeres estadounidenses de treinta años eligen estar solteras. ¿Qué significa eso para los vínculos, para las familias, para la idea misma de comunidad?

Lo mismo sucede con el cuerpo y la percepción de la belleza, los retos de la sexualidad y la identidad, la comunidad LGBT+. **Estamos frente a un abanico de nuevas conversaciones que necesitan ser visibilizadas desde una conciencia social, no solo desde la opinión superficial que abunda en redes.**

La fragmentación nos ha llevado a un momento en que todo es personal y personalizable. Mira tu celular: las aplicaciones en tu pantalla de inicio no son las mismas que las de tu compañero. La carátula es distinta, la imagen de fondo también; tú las elegiste. Cada persona vive rodeada de elecciones individuales que le otorgan valor a lo suyo. Y así como las pantallas, los valores de cada quien son diferentes.

Ante esta ultradiversidad, el reto apenas se asoma: ¿qué tiene valor hoy? ¿Qué es lo que debemos cuidar como patrimonio? La tarea de la antropología es dar luz a estas preguntas, iluminar no solo las diferencias, sino también los vínculos que todavía nos permiten reconocernos como sociedad

2. Crear nuevos archivos de la memoria

La segunda reflexión tiene que ver con la forma como estamos documentando la memoria.

Jacques Derridá nos recuerda que la palabra archivo viene del griego antiguo (*ἀρχεῖον*, *arjíon*), que significa “la casa del vencedor”. Y así ha funcionado el concepto de patrimonio, con los archivos de la casa del vencedor: la historia oficial de México, de la

ciudad, la figura del héroe. Un guión que hemos replicado, pero que ya no tiene la fuerza de cohesión que alguna vez tuvo. Hoy se ha transformado: nos une la fiesta del Grito, el pozole, la peda. Pero no necesariamente el recuerdo de la Historia con mayúscula.

Hagamos las preguntas nuevamente y creemos nuevos “archivos”, más archivos, sin quitar nada, solo sumemos otros a los que ya existen. Archivos que recojan la memoria personal de las comunidades invisibilizadas, de las voces de quienes hasta ahora han permanecido fuera de los libros de historia y dejemos que existan nuevas formas de existir.

Hace más de veinte años en estas mismas aulas hablábamos del sinsentido del mito de la patria cuando analizábamos las respuestas de algunas encuestas a niños de primaria: Ante la pregunta quién es Morelos, respondían “es un arroz”.

Esa realidad no ha cambiado, al contrario. La semana pasada platicaba con una autora de veintitrés años que visitaba San Miguel de Allende, en plena celebración del día de la Independencia, y de pronto se dio cuenta de que el nombre de la ciudad era por Ignacio Allende: ah, claro, me dijo de pronto. ¿Y él qué hizo? Porque él no fue el de la campana, ¿verdad? Le expliqué a grandes rasgos que Allende había sido uno de los que idearon el movimiento de independencia, pero un minuto después me cambió el tema: le interesaba saber más sobre cómo me convertí en editora y quería visitar mi taller antes que la casa museo de Allende.

Estamos en un momento en el que los vínculos entre humanos se están volviendo necesarios, revalorar la presencialidad en el mundo digital, cultivar la paciencia ante tanta inmediatez, la profundidad ante la ligereza.

Ser antropóloga en este tiempo ha significado explorar un mundo en movimiento. La globalización, las migración, la revolución digital y la crisis ambiental transformaron el campo de nuestra disciplina, porque el campo mismo se transformó.

Ahora, en lugar de viajar a lugares remotos en busca de lo exótico, estamos mirando lo cercano: las familias divididas por la migración, las comunidades digitales, la memoria urbana y las voces que históricamente han sido silenciadas.

La antropología del siglo XXI se está volviendo, más que nunca, una práctica de escucha. Escucha de lo cotidiano, de lo frágil, de lo que parecía invisible pero que siempre ha estado ahí. Entiendo ahora que la aventura verdadera

no estaba en descubrir lo desconocido, sino en aprender a ver y escuchar de nuevas maneras, porque el mundo se transforma todo el tiempo.

3. Saber navegar en la incertidumbre

La tercera reflexión nace de la incertidumbre. Aprender a navegar en un terreno donde nada es certero.

Vivimos en la era de la posibilidad y nos toca iluminar el nuevo horizonte, 85% de los trabajos de 2030, aún no se han creado, y faltan solamente cinco años. También la OMS dice que la enfermedad número uno del mundo, será la depresión. La incertidumbre no es solo laboral, también emocional, política y ética. Lo incierto atraviesa todos los planos de la vida contemporánea. Unos compañeros traductores se están peleando con la inteligencia artificial porque traduce mejor que ellos, y están perdiendo sus trabajos. ¿Pero cuál es la posibilidad eso representa? La ONU acaba de declarar que es apropiado usar la palabra Genocidio, para referirse a Gaza. Eso también es posible.

Las grandes preguntas de hoy son ¿qué nos sostiene? ¿Qué nos da pertenencia? El tejido social de los centros históricos se ha roto con la gentrificación. ¿Qué tiene valor hoy: el edificio, la gente que lo habita o el turista que lo paga? En mi trabajo con estudiantes de Santa Catarina, platicué con un grupo de adolescentes sicarios que por cinco mil pesos, aceptaban asesinar a otro. Si la vida vale cinco mil pesos ¿en dónde está el valor de vivir? **El problema social de muchas comunidades no es la violencia, sino la falta de opciones, básicas, vitales, que nos permitan al menos darle valor a la vida humana.**

Los conceptos están cambiando. Se evidenció lo absurdo de la competencia. La idea de éxito ya no es la que define cuánto dinero tienes ni de cuántos títulos has conseguido. El éxito ahora es la satisfacción con la que vives, en cada área de tu vida.

Si ganas poco y eres feliz, eso importa.

Hoy, más que nunca, necesitamos menos especialistas encerrados en su campo y más “hombres y mujeres de mundo” —recordando a Baudelaire—, capaces de comprender la poesía y la complejidad de lo humano. **Si con todo lo que estamos haciendo no logramos reducir el sufrimiento del otro, ¿cuál es el sentido de esta vida?**

La integración con otras disciplinas ya ni siquiera debería ser un tema de discusión, sino parte de nuestro día a día. Hace unos años, me invitaron a dar una charla en la Universidad de Arizona State, en Phoenix, como parte del equipo del proyecto Ulises I (Ulises primero), que consistía en poner en órbita un satélite artificial con fines artísticos. Estuve en el “centro de las ciencias y la imaginación”: un lugar donde convivían matemáticos, ingenieros, artistas, botánicos. Los proyectos que conocí me volaron la cabeza, había plantas que cantaban, bailariles con sensores que dibujaban rayos de luz en un salón fotosensible, y un par, en la sala de al lado matemáticos y biólogos analizando el algoritmo de las hormigas, que después serviría de base para hacer la aplicación de tránsito Waze.

En ese centro, los proyectos se creaban de manera orgánica. El espacio estaba ahí, con las herramientas necesarias, y los estudiantes llegaban a crear cosas en conjunto, a imaginar, a compartir y a inspirarse de los proyectos de otros y para hacer cosas que no se habían visto antes.

Estudiar lo que nos une, crear nuevos archivos de la memoria, y saber navegar en la incertidumbre, han sido mis resultados en esta exploración de veinte años. El punto crítico ahora es: qué hacemos con esto.

Ser educadora y antropóloga ha sido, en mi formación, un combo ganador. Pero me queda claro que si no nos conocemos a un nivel profundo, no podremos decir qué necesitamos, ni qué queremos. Hay una historia muy linda de un maestro budista, Tich Nhat Han. A él no le gustaba una fruta, y un día fue a la comunidad donde se daba esta fruta, que además era considerada un manjar, y en todos los lugares a donde fue, le dieron la fruta que no le gustaba. El maestro dijo: “ellos no sabían que con su amor, me estaban haciendo sufrir”. ¿Cuántas veces le preguntamos al otro qué necesita? ¿Y nosotros sabemos qué necesitamos? Y si lo sabemos, ¿lo comunicacmos?

El trabajo de la antropología de hoy es abrir conversaciones. Poner la luz en esas áreas que necesitamos ver para conocernos mejor, para comprendernos mejor. Porque si no nos conocemos no podremos nunca definir qué mundo queremos. Y el mundo no nos espera, sigue cambiando y cada vez más rápido.

Ágata Libros, y el proyecto de contamoshistorias.com, es un espacio que comenzó en 2020, en plena pandemia, donde convergen la antropología histórica, la literatura, la educación, el arte y la tecnología. No lo hubiera podido idear antes, porque no me conocía lo suficiente como para comprender que mis habilidades y mis intereses podían converger en un solo proyecto como éste.

Ágata es mi herramienta para ayudar a los demás a conocerse mejor, a restaurar el tejido social, comenzando con nosotros mismos y nuestras familias y amigos. Tiene una serie de talleres de autobiografías, de escritura creativa para contar las historias de nuestros objetos, de las plantas, para hacer tu árbol genealógico, recetarios familiares, círculos de lectura. Es un pequeño nicho de actividades donde soy más antropóloga que nunca, y en donde encuentro la satisfacción de ver que otros desarrollan sus propios proyectos, los personales, los que realmente les importan.

Contando historias nos conocemos, nos identificamos, nos cuestionamos, pero si esos archivos no existen, entonces nosotros tampoco existimos. Necesitamos conectar con los otros, aprender de las historias de otros. La literatura contemporánea está haciendo un gran trabajo en este sentido. Que las películas de Disney son machistas, pues sí, porque son cuentos de Perrault y de los hermanos Grimm del siglo XVII y el siglo XVII era así. Binario y machista. **El problema no está en Disney, está en nosotros: escribamos nuevas historias.**

Ya no necesitamos seguir creando “archivos” que perpetúen una sociedad vacía y sin sentido; que esa casa del vencedor no signifique nada. El legado que deja nuestra generación debe ayudarnos a conocernos mejor, a llegar a puertos donde nos sintamos más satisfechos con lo que hacemos y lo que somos.

Hay muchas conversaciones abiertas, pero la clave está en donde ponemos el foco. Visibilizar no significa que tenemos que tener las respuestas y las acciones listas para cambiar las cosas. Eso será un trabajo de valientes que se irá bordando con los hilos del tiempo. Pero el primer paso, es verlo.

Hoy me doy cuenta que tratar de cambiar el sistema educativo, tradicional y pesado, era pelear contra la pared, pero ahora estoy del otro lado, repensando el sistema, observando y ensayando modelos con prueba y error, en las escuelas que quieren hacerlo diferente. Y a la par estoy haciendo libros, talleres y contando historias que contribuyan a crear nuevos archivos que le den valor a nuestra existencia.

Y aunque pareciera que el viaje de la antropología es una lucha en soledad, es más bien una danza compartida, **porque todos, en cualquier disciplina y en cualquier lugar de este mundo fragmentado, queremos vivir en un lugar mejor.**

Mtra. Érika B. Carrillo Rodríguez

Es licenciada en Antropología Histórica por la Universidad Veracruzana.

Originaria de San Miguel de Allende, es una profesional multifacética que se ha desarrollado en el mundo de la educación, los negocios y la literatura. Durante quince años se dedicó al ámbito educativo, desempeñándose como consultora para Google Education, The Education Partners y la Secretaría de Educación Pública a nivel federal y estatal, entre otras instituciones en México y Estados Unidos.

Participó en la implementación de diversos sistemas de tecnología para la educación en México: Programa Vasconcelos, Enciclopedia, HDT e Inclusión Digital, tanto en zonas rurales como urbanas, colaborando con la Presidencia de la República y el Banco Interamericano de Desarrollo; experiencias que le permitieron desarrollar una visión amplia y profunda sobre la diversidad educativa del país.

En 2013 fue investigadora y presentadora de Discovery Channel en la serie *Enigmas Enterrados* y, paralelamente, fundó junto con su madre la empresa social **Happy Marmalades**. Obtuvo una beca para cursar un Máster en Negocios Internacionales por el Ministerio de Economía de Alemania y posteriormente realizó el Diplomado en Responsabilidad Social Empresarial en el ITESM. Participó en la tercera temporada de **Shark Tank México**, y su proyecto fue reconocido por la Secretaría de Economía como “Mejor práctica” en 2016.

Es autora de dos libros: la novela autobiográfica *Asuntos pendientes y Querido Qwerty*, un libro experimental en código editado por CONACULTA y la Fonoteca Nacional. En 2021, tras integrar su experiencia educativa y literaria, fundó **Ágata – Contamos Historias**, un taller editorial enfocado en el rescate y documentación de historias de vida y patrimonio familiar, donde diseña e imparte talleres de escrituras autobiográficas. Ha documentado

una veintena de libros familiares y es invitada frecuente en ferias del libro y festivales culturales de México y el extranjero.

Estudiante permanente, es Maestra en Comunicación y Educación por la Universidad Autónoma de Barcelona, cuenta con estudios en Filosofía para niños y continúa formándose mediante múltiples cursos sobre cultura contemporánea.